ESCENA X.

Dichos.—El DUQUE DE ALBA y DOMINGO acuden asustados. Algunas damas les siguen.

REY. Conducid á la Reina á sus habitaciones; no se siente bien. (*La Reina vase acompañada de sus damas.—Alba y Domingo se acercan.*)

ALBA. — ¡La Reina bañada en llanto y en sangre!

REY. —¿Esto sorprende á los demonios que me han traido á este punto?

ALBA Y DOMINGO.—¿Nosotros?

REY.—Que han venido á decirme lo bastante para infundirme la cólera, y no lo bastante para persuadirme.

ALBA.—Hemos dado lo que poseíamos.

REY.—Que el infierno os dé las gracias... Me arrepiento de cuanto hice... No era ciertamente el suyo el lenguaje de una conciencia culpable.

MARQUES.—(*Dentro.*) ¿Está visible el Rey?

ESCENA XI.

Dichos.—El MARQUES DE POSA.

REY.—(*Vivamente conmovido, á su voz da algunos pasos hácia el Marques.*) ¡Ah!... es él! Bien venido, Marques... Ahora, Duque, no necesito de vos. Dejadnos. (*Alba y Domingo se miran con muda sorpresa y salen.*)

ESCENA XII.

El REY.—El MARQUES DE POSA.

MARQUES.—Señor, duro ha de ser para un viejo guerrero que ha expuesto por vos su vida en veinte batallas, verse despedido de ese modo...

REY. — A vos os toca pensar así, y á mí obrar como he obrado; lo que habeis sido para mí en algunas horas no lo fué él en toda su vida, y no quiero disimular el afecto que os tengo. El sello de mi real favor debe brillar de lejos en vuestra frente; quiero que envidien al hombre que elegí por amigo.

MARQUES.—¿Aun cuando su oscura procedencia sea el único título que le ha granjeado este nombre?

REY. — ¿Qué me traeis?

MARQUES. — Al cruzar por el salon he oido un terrible rumor que me ha parecido increible... Un vivo altercado... ¡Sangre!... la Reina!...

REY. — ¿Veniais de allí?

MARQUES. — Sentiré, en verdad, que este rumor sea cierto, que V. M. haya creido conveniente dejarse arrastrar... porque acabo de hacer importantes descubrimientos que mudan la situacion de las cosas.

REY. — Veamos.

MARQUES.— He hallado ocasion de apoderarme de la cartera del Príncipe, con algunos papeles que yo creo podrian dar alguna luz... (*Entrega al Rey la cartera de Cárlos.*)

REY. — (*Recorriéndola con curiosidad.*) Un escrito del Emperador mi padre. (*Lo lee, lo deja á un lado, y toma otros.*) El plano de una fortaleza... pensamientos extraidos de Tácito... y qué más? (*Lee atentamente, ya en voz alta, ya en voz baja.*) «Esta llave... el gabinete del pabellon de la Reina...» ¿Qué es esto? «...allí, el amor será libre... deseos satisfechos... dulce recompensa...» ¡Satánica traicion! Ahora la conozco, es ella; su letra...

MARQUES. — ¿La letra de la Reina? Imposible...

REY. — De la Princesa de Éboli...

MARQUES. — Entonces es cierto lo que me ha confesado el paje Henares, que llevó la carta y la llave.

REY. — (*Tomando la mano al Marques, víctima de violenta agitacion.*) Conozco, Marques, que me hallo en terribles manos. Esta mujer... quiero confesároslo... esta mujer ha forzado la arquilla de la Reina, y ha sido la primera en advertirme... ¿Quién podria decir lo que sabe su confesor sobre esto? He sido engañado infamemente!

MARQUES. — En este caso seria áun un accidente feliz el...

REY. — Marques, Marques, empiezo á temer que me he portado con la Reina con excesiva ligereza.

MARQUES.— Si la Reina y el Príncipe han mantenido secretas relaciones, serán sin duda de otro género del que se les imputa. Tengo por cierto que fué la Reina quien concibió el pensamiento de que el Príncipe partiera para Flandes.

REY. — Así lo he creido siempre.

MARQUES. — La Reina es ambiciosa... diré más todavía... con pena ha visto frustrarse sus orgullosas esperanzas, y su alejamiento de toda participacion en el poder; en semejante estado, la juventud ardiente del Príncipe se ha ofrecido á sus ojos como instrumento de sus vastos proyectos... Su corazon... dudo que pueda amar...

REY. — Nada me dan que temer los hábiles proyectos de su política.

MARQUES. — ¿Es amada? ¿Hemos de temer algo por parte del Príncipe?... Hé aquí lo que me parece digno de exámen... y creo que seria necesario vigilarle rigurosamente.

REY. — Me respondeis de él...

MARQUES. — (*Despues de un momento de reflexion.*) Si V. M. me juzga capaz de cumplir esta mision, debo suplicarle que le deje enteramente y sin restricciones á mi cargo.

REY. — Consiento en ello.

MARQUES.— O al menos que ningun auxiliar, sea

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

cual fuere su título, no se entrometa en las medidas que yo juzgue necesarias.

REY.—Ninguno; os lo prometo. Sois mi ángel bueno... ¡Cuánta gratitud os debo por lo que acabais de comunicarme! (*A Lerma que acaba de entrar.*) ¿Cómo habeis dejado á la Reina?

LERMA.—Fatigada todavía de su desmayo... (*Mira con desconfianza al Marques y vase.*)

MARQUES.—(*Despues de una pausa.*) Me parece necesaria una precaucion. Temo que el Príncipe sea advertido... Como cuenta con tantos amigos adictos, y tal vez con alguna relacion con los rebeldes de Gante... el temor podria llevarle á tomar alguna resolucion desesperada, y seria de opinion que buscáramos un medio para prevenir inmediatamente esta catástrofe.

REY.—Teneis mucha razon... Pero cuál?

MARQUES.—Una órden secreta que V. M. me entregase y de la cual me serviria en el momento del peligro. (*El Rey reflexiona.*) Por ahora seria un secreto de Estado, hasta que...

REY.—(*Se dirige á una mesa y escribe una órden de arresto.*) El reino está en juego... la urgencia del peligro disculpa el uso de extraordinarios medios... Tomad, Marques... Es inútil que os recomiende obreis con las consideraciones debidas.

MARQUES.—(*Tomando la órden.*) Señor, sólo en un caso extremo...

REY.—(*Apoyando la mano en su espalda.*) Id, Marques, y devolved la paz á mi corazon, la tranquilidad á mis noches. (*Se van por opuesto lado.*)

ESCENA XIII.

Una galería.

CARLOS llega vivamente agitado.—El CONDE DE LERMA sale á su encuentro.

CARLOS.—Os buscaba.

LERMA.—Tambien yo á vos.

CARLOS.—¿Es verdad, Dios mio, es verdad?...

LERMA.—¿Qué?

CARLOS.—¿Que la amenazó con un puñal y se la llevaron bañada en sangre á sus habitaciones?... ¿Debo creerlo?... ¿Es verdad?...

LERMA.—No; se ha desmayado, y se lastimó al caer; nada más.

CARLOS.—¿No hay ningun peligro?... Por vuestro honor, Conde...

LERMA.—Ninguno corre la Reina, pero sí vos.

CARLOS.—No corre ninguno mi madre; entonces demos gracias al cielo. Habia llegado á mi noticia un espantoso rumor; decian que el Rey se habia enfurecido contra la madre y la niña, de resultas de la revelacion de un secreto.

LERMA.—Tal vez esto sea verdad.

CARLOS.—¿Verdad?... ¿Cómo?...

LERMA.—Príncipe, hoy mismo os he dado un consejo que habeis menospreciado; aprovechad mejor el segundo.

CARLOS.—¿Cómo?

LERMA.—Si no me engaño, Príncipe, he visto hace algunos dias en vuestras manos una cartera azul celeste, bordada de oro.

CARLOS.—(*Desconcertado.*) Sí; una parecida tenia... ¿y qué?

LERMA.— Me parece que adorna la cubierta un medallon rodeado de perlas...

CARLOS.— Efectivamente.

LERMA. — Cuando hace un rato entré inesperadamente en el gabinete del Rey, he creido ver esta cartera en sus manos, y el Marques de Posa estaba junto á él...

CARLOS.— (*Con viveza despues de un instante de silencio y de sorpresa.*) ¡Esto no es verdad!

LERMA.— (*Ofendido.*)... Entonces, soy un impostor.

CARLOS.— (*Mirándole fijamente.*) Lo sois...

LERMA.— ¡Por vida!... os perdono.

CARLOS.— (*Paseándose agitado; se detiene delante de él.*) ¿Qué mal te ha hecho, qué mal te ha hecho nuestra inocente union, para que emplees en destruirla esta infernal actividad?

LERMA.— Príncipe, respeto vuestro pesar, que os hace injusto.

CARLOS.— ¡Dios mio!... presérvame de la duda.

LERMA.— Recuerdo tambien las propias palabras del Rey: «Cuánta gratitud os debo — decia en el instante en que entré—por las noticias que me habeis comunicado.»

CARLOS.— ¡Basta!... ¡Basta!

LERMA.— El Duque de Alba ha caido en desgracia; el gran sello tomado al príncipe Ruy Gomez y confiado al Marques...

CARLOS.— (*Absorto en sus reflexiones.*) ¡Y no me ha dicho nada!... ¡Por qué no me ha dicho nada!

LERMA.—La córte le mira con sorpresa como un ministro omnipotente, como un favorito absoluto.

CARLOS.— Y me amaba... me amaba como á sí propio; lo sé... hartas pruebas me ha dado de ello... ¿Pero acaso la patria y millones de hombres no han de serle más caros que un solo individuo? Su alma era demasiado vasta para un solo amigo, y la dicha de Cárlos harto insignificante para su amor! ¿Me ha sacrificado á su virtud, y le culparé por eso? Sí; es cierto; ahora es cierto; le he perdido... (*Vuelve y oculta el rostro.*)

LERMA.— (*Despues de un momento de silencio.*) Mi buen Príncipe, ¿qué puedo hacer por vos?

CARLOS.— (*Sin mirarle.*) ¡Entregarse al Rey y hacerme traicion!

LERMA.— ¿Y aguardareis lo que vendrá?

CARLOS.— (*Se apoya en la balaustrada, y mira fijamente á lo lejos.*) ¡Le he perdido!... me ha abandonado por completo.

LERMA.— (*Se acerca á él con emocion é interes.*) ¿No quereis cuidar de vuestra salvacion?

CARLOS.— ¡Mi salvacion... excelente amigo!

LERMA. —Fuera de esto, ¿no hay álguien por quien debeis temblar más que por vos?

CARLOS. —Por Dios, ¿qué me recordais? Mi madre; la carta que él ha recibido de mis manos, que no queria dejarle, y que le dejé. (*Se pasea sin direccion y retorciendo los brazos.*) Ella no ha merecido esto, y debia evitárselo. ¿Verdad, Lerma, que debia hacerlo? (*Con súbita resolucion.*) Voy al encuentro de la Reina, porque es necesario que la advierta, que la prepare... Lerma, querido Lerma, ¿á quién enviaria? ¡No tengo á nadie!... ¡oh! sí... un amigo... Despues de éste, ya no me quedará nada que perder.

LERMA.— [*Le sigue; llamándole.*] ¡Príncipe!... ¿á dónde vais? [*Vase.*]

ESCENA XIV.

La REINA.—ALBA.—DOMINGO.

ALBA.— Si nos permitis, gran Reina...

REINA.— ¿Qué puedo hacer en vuestro favor?

DOMINGO.—El sincero celo que nos inspira la augusta persona de Vuestra Real Majestad, nos impide guar-

dar silencio sobre un suceso que amenaza la seguridad de la Reina.

ALBA. — Nos apresuramos á paralizar con oportuno aviso la trama organizada contra vos...

DOMINGO.—Y ofrecer á V. M. nuestro servicio y nuestro celo.

REINA.— (*Mirándoles con sorpresa.*) Reverendo Padre, noble Duque, me sorprendeis ciertamente. No esperaba semejante adhesion de Domingo y el Duque, pero sé cómo debo apreciarla. Me hablais de una trama que me amenaza: ¿puedo saber quién...

ALBA. — Os rogamos que desconfieis del Marques de Posa encargado de los asuntos secretos del Rey.

REINA. — Sé con placer la feliz eleccion del Rey, pues hace mucho tiempo que me hablan del Marques de Posa como de un hombre excelente y de talento distinguido. Jamas el favor real se halló en mejores manos.

DOMINGO.— ¿En mejores manos?... Nosotros estamos mejor informados.

ALBA. — Sabemos, hace algun tiempo, el empleo de este hombre.

REINA.— ¡Cómo! ¿Cuál seria pues?... Despertais mi curiosidad...

DOMINGO. — ¿Hace mucho tiempo que V. M. no ha registrado su arquilla?

REINA. — ¡Cómo!

DOMINGO. —¿Y no ha perdido algo precioso?

REINA. — ¡Qué!... Toda la córte sabe que he perdido... ¿pero el Marques de Posa qué tiene que ver con esto?...

ALBA. — Mucho, señora, porque faltan tambien al Príncipe importantes papeles que hay quien ha visto esta mañana en manos del Rey, cuando el caballero celebraba con él una audiencia secreta.

REINA. —(*Despues de reflexionar.*) Esto es singular...

¡por el cielo!... extraordinario. Hallo en él un enemigo inesperado, y por compensacion dos amigos que no recuerdo lo hayan sido nunca... (*Fijando en ellos una mirada penetrante.*) Porque en verdad, debo confesar que estaba dispuesta á perdonaros vuestra mala obra cerca del Rey.

ALBA. —¿A nosotros?

REINA. — A vosotros.

DOMINGO. } ¿A nosotros?
ALBA. . .

REINA. —(*Fijando en ellos su mirada.*) ¡Cuánto me alegro de hallarme á salvo de mi precipitacion! pues sin lo que me decis, habia resuelto rogar hoy mismo al Rey, que hiciera comparecer á mi presencia á mis acusadores. Ahora las cosas se hallan en mejor estado; puedo invocar el testimonio del Duque de Alba.

ALBA. —¿Mi testimonio?... ¿Hablais seriamente?

REINA. —¿Por qué no?

DOMINGO. — Así imposibilitareis los buenos oficios que podríamos prestaros en secreto...

REINA. —¿En secreto? (*Con altivez.*) Deseo saber, Duque de Alba, qué ha de confiaros á vos, ó á vos, Padre, la esposa de vuestro Rey, que su esposo deba ignorar... ¿soy inocente ó culpable?

DOMINGO. — ¡Qué pregunta!

ALBA. —¿Pero si el Rey no fuese justo?... ¿Si al menos, en este momento, no lo fuese?

REINA. — En este caso, aguardaré que lo sea. ¡Feliz aquel que para entonces sólo espera ganar! (*Les saluda y se retira. Los dos cortesanos se van por otra puerta.*)

ESCENA XV.

Habitaciones de la Princesa de Éboli.

La PRINCESA.—Luego CÁRLOS.

PRINCESA.—¿ Será verdad esta rara noticia que ocupa ya toda la córte ?

CARLOS.—(*Entra.*) No os asusteis, Princesa; voy á ser tierno como un niño.

PRINCESA. — Príncipe... esta sorpresa...

CARLOS. —¿ Estais ofendida todavía ?

PRINCESA.—Príncipe...

CARLOS. —(*Con voz apremiante.*) ¿ Estais ofendida todavía ? os ruego que me lo digais.

PRINCESA. — ¿ Qué es esto ? Parece que olvidais, Príncipe... ¿ Qué buscais junto á mí ?

CARLOS. — (*Tomándole la mano con viveza.*) Puedes por ventura odiar eternamente, doncella... ¿ El amor ofendido no perdona jamas ?

PRINCESA. —(*Intentando desasirse.*) ¿ Qué me recordais, Príncipe ?

CARLOS.—Tu bondad y mi ingratitud. ¡ Ay de mí ! Sé bien que te he ofendido cruelmente, que he desgarrado tu tierno corazon, que arranqué lágrimas á tus ojos de ángel... ¡ Ah ! no vengo todavía á expresarte mi arrepentimiento.

PRINCESA. —Príncipe, dejadme... yo...

CARLOS. — Vengo porque eres una amable doncella y tengo fe en la bondad y belleza de tu alma. Ves, ves, no tengo otro amigo en el mundo que tú, tú sola. Fuiste una vez tan bondadosa para conmigo que no puedo suponer permanezcas inflexible, ni que me ódies eternamente.

PRINCESA. — (*Vuelve el rostro.*) ¡ Basta !... Ni una palabra más, en nombre del cielo, Príncipe.

CARLOS. — Déjame recordar aquellos dias felices, déjame recordar tu amor, tu amor, doncella, del que me mostré indigno. Déjame ahora, que haga valer lo que era para tí, lo que los sueños de tu corazon me prestaban. Por última vez, por última vez, mírame como si fuera el de entonces, y sacrifica á esta imágen lo que nunca podrás sacrificar á mí propio.

PRINCESA. — ¡ Oh, Cárlos! cuán cruelmente jugais conmigo !

CARLOS.— Sé superior á tu sexo; haz lo que ninguna mujer ha hecho antes que tú, ni hará despues de tí. ¿ Te pido algo inaudito ? haz que pueda hablar á mi madre; te lo pido de hinojos. (*Se arrodilla delante de ella.*)

ESCENA XVI.

Dichos. — El MARQUES DE POSA que entra precipitadamente, seguido de dos oficiales de la Guardia Real.

MARQUES. — (*Fuera de sí, se precipita entre los dos.*) ¿ Qué ha confesado ? No le creais...

CARLOS. — (*De rodillas todavía y levantando la voz.*) Por lo más sagrado...

MARQUES. — (*Interrumpiéndole con violencia.*) Delira... no escucheis á este insensato...

CARLOS. — (*Con voz más apremiante.*) Va en ello la vida. Llevadme á su presencia.

MARQUES. — (*Aparte á la Princesa con energía.*) Sois muerta, si le escuchais. (*A uno de los oficiales.*) Conde de Córdoba, en nombre del Rey (*le enseña la órden*) el Príncipe es vuestro prisionero. (*Cárlos queda inmóvil, como herido del rayo. La Princesa lanza un grito de terror, y pretende huir. Los oficiales mudos de sorpresa. Larga pausa. El Marques, trémulo, se esfuerza en serenarse: al Príncipe.*) Os ruego que me entregueis vuestra espada. Princesa, aguardad. (*Al oficial.*) Me respon-

deis con vuestra cabeza de que el Príncipe no hablará con nadie, con nadie absolutamente, ni áun con vos. (*Dice algunas palabras al oido del oficial; luego volviéndose.*) Voy inmediatamente á dar al Rey cuenta de lo ocurrido. (*A Cárlos.*) Y á vos tambien; aguardadme. Príncipe, dentro de una hora.

(Cárlos se deja conducir sin manifestar sentimiento alguno; pero al pasar junto al Marques le dirige una mirada moribunda, y éste oculta el rostro. La Princesa intenta huir, y el Marques la detiene por un brazo.)

ESCENA XVII.

La PRINCESA. — El MARQUES DE POSA.

PRINCESA. — ¡En nombre del cielo, Marques, dejadme salir de aquí!

MARQUES. — (*Severo y terrible.*) ¿Qué te ha dicho, desdichada?

PRINCESA. — Nada, dejadme; nada...

MARQUES. — (*Deteniéndola con fuerza.*) ¿Qué has sabido?... No tienes por donde escapar, y no lo contarás á nadie en el mundo...

PRINCESA. — (*Mirándole con espanto.*) ¡Dios mio!... ¿Qué intentais? ¿Quereis matarme?

MARQUES. — (*Sacando un puñal.*) En efecto, tentaciones me dan... Despacha.

PRINCESA. — ¡Yo! yo! ¡Misericordia divina! ¿Qué he hecho yo?

MARQUES. — (*Alzando los ojos al cielo, y poniendo la punta del puñal en el pecho de la Princesa.*) Es tiempo todavía; el veneno no ha salido de sus labios... Rompo el vaso y todo sigue en el mismo estado... Entre la suerte de España y la vida de una mujer... (*Permanece en esta actitud, y parece vacilar.*)

PRINCESA. — (*Cayendo á sus piés, y mirándole fijamente.*) Sea; ¿qué aguardais? no pido consideracion alguna... No; he merecido la muerte, y quiero morir.

MARQUES. — (*Deja caer lentamente su brazo, despues de un instante de reflexion.*) ¡Oh!... seria vil y bárbaro... No, no; gracias al cielo, queda otro medio todavía. (*Deja caer el puñal y se va rápidamente. La Princesa sale por otra puerta.*)

ESCENA XVIII.

Una habitacion de la Reina.

REINA. — (*Á la Condesa de Fuentes.*) ¡Qué tumulto en Palacio!... Cada rumor, Condesa, me sobresalta hoy; id á ver qué sucede, y volved á decírmelo. (*La Condesa de Fuentes sale, y la Princesa de Éboli entra precipitadamente.*)

ESCENA XIX.

La REINA. — La PRINCESA DE ÉBOLI.

PRINCESA. — (*Sin aliento, pálida y desencajada, cae de hinojos á los piés de la Reina.*) Señora... socorro... está preso...

REINA. — ¿Quién?

PRINCESA. — El Marques de Posa le ha detenido por órden del Rey.

REINA. — ¿Pero quién, quién?

PRINCESA. — El Príncipe.

REINA. — ¿Estás loca?

PRINCESA. — Se lo llevan al instante.

REINA. — ¿Y quién le prendió?

PRINCESA. — El Marques de Posa.

REINA. — ¡Oh!... entonces, demos gracias á Dios, si el Marques lo ha detenido.

PRINCESA. — Lo decis con tanta calma y frialdad... ¡Oh! Dios... ¿no presentis, no sabeis?...

REINA. — ¿Por qué le han preso?... Sin duda por una locura propia de la violencia de su carácter...

PRINCESA. — No, no; estoy mejor informada yo; no, señora... Una accion infame, diabólica... No hay salvacion para él; morirá.

REINA. — ¿Morirá?

PRINCESA. — Y yo le habré asesinado.

REINA. — ¡Morirá! Insensata!... ¿lo crees?

PRINCESA. — ¡Y por qué, por qué morirá! ¡Ah! si hubiese previsto que las cosas habian de llegar á este extremo...

REINA. — (*Tomándole la mano con bondad.*) Princesa, no estais en vos; serenaos, y contadme con más calma lo que sabeis, y no presenteis á mi imaginacion estas tristes imágenes... ¿Qué ha pasado?

PRINCESA. — Sí, señora; no useis conmigo esta bondad y sublime confianza, porque atormentan mi conciencia como una llama del infierno. No soy digna de alzar hasta vuestra gloria mi indigna mirada. Aplastad á la miserable que se arrastra á vuestros piés, oprimida por el arrepentimiento, la vergüenza, el desprecio de sí misma.

REINA. — ¡Desdichada! ¡desdichada!... ¿Qué teneis que decirme?

PRINCESA. — Angel de luz, santa mujer, ignorais, no sospechais siquiera á qué demonio habeis sonreido con bondad... Aprended hoy á conocerla... Yo soy... yo... quien os ha robado...

REINA. — ¿Vos?

PRINCESA. — Y quien ha entregado estas cartas al Rey.

REINA. — ¿Vos?

PRINCESA. — Y quien ha tenido la audacia de acusaros.

REINA. — Vos, vos habeis podido...

PRINCESA. — La venganza... el amor... la rabia... Os odiaba y amaba al Príncipe...

REINA. — ¿Y por qué le amabais?...

PRINCESA. — Se lo habia confesado, y no me habia correspondido...

REINA. — (*Pausa.*) ¡Oh! ahora me lo explico todo... Alzad... le amabais... os he perdonado... todo está olvidado... Alzad. (*Le tiende la mano.*)

PRINCESA. — No, fáltame todavía una confesion terrible. No, gran Reina, antes que...

REINA. — (*Atenta.*) ¿Qué debo oir todavía? Hablad...

PRINCESA. — El Rey... una seduccion... ¡Oh! volveis los ojos... Leo sobre vuestro rostro mi condenacion... El crímen de que os acusaba, yo lo he cometido...

(Oprime contra el suelo su rostro inflamado. La Reina se va.— Profundo silencio. — La Duquesa de Olivares sale unos minutos despues del gabinete en donde ha entrado la Reina, y encuentra á la Princesa en la misma situacion. Se acerca á ella en silencio. Al ruido de sus pasos, la Princesa se levanta, como en delirio, viéndose abandonada de la Reina.)

ESCENA XX.

La PRINCESA DE ÉBOLI. — La DUQUESA DE OLIVARES.

PRINCESA. — ¡Dios mio!... ¡Me ha abandonado! ¡Esto es hecho!

OLIVARES. — (*Acercándose á ella.*) Princesa de Éboli...

PRINCESA. — Sé, Duquesa, por qué venís. La Reina os envia para anunciarme mi sentencia... decid pronto...

OLIVARES. — Su Majestad me ordena recobrar de vos vuestra cruz y vuestra llave...

PRINCESA. — (*Saca de su seno una cruz de oro y la entrega á la Duquesa.*) ¿Me será permitido besar por última vez la mano á la mejor de las reinas?

OLIVARES.—En el convento de Santa María os dirán qué se habrá decidido con respecto á vos.

PRINCESA.—(*Rompiendo á llorar.*) ¡No volveré á ver á la Reina!

OLIVARES.—(*La abraza, volviendo el rostro.*) ¡Sed feliz!

(Vase precipitadamente. La Princesa la sigue hasta la puerta del gabinete, que se cierra detras de la Duquesa. Permanece algunos minutos muda é inmóvil y de rodillas delante de esta puerta; despues se levanta y se va, velado el rostro.)

ESCENA XXI.

La REINA.—El MARQUES DE POSA.

REINA.—Héos aquí, por fin, Marques; gracias á Dios...

MARQUES.—(*Pálido, desencajado y con voz trémula se adelanta y hace una profunda reverencia.*) ¿V. M. se halla sola? ¿Nadie puede oirnos desde la habitacion contigua?

REINA.—¡Nadie!... ¿Por qué?... ¿Qué me traeis? (*Le mira con más atencion y retrocede con espanto.*) ¡Qué demudado! ¿A qué se debe? Me haceis temblar, Marques; vuestras facciones descompuestas llevan el sello de la muerte...

MARQUES.—Probablemente ya sabeis...

REINA.—Que Cárlos ha sido preso, y precisamente por vos... añaden... ¿Es verdad?... No quise fiarme, sobre esta noticia, de nadie más que de vos...

MARQUES.—Verdad.

REINA.—¿Por vos?

MARQUES.—Por mí.

REINA.—(*Mirándole, dudosa.*) Respeto vuestra conducta aunque no la comprendo; pero perdonad esta vez la inquietud de una mujer: temo que arriesgais mucho en este terrible juego.

MARQUES.—¡Y he perdido!

REINA.—¡Santo cielo!

MARQUES.—Tranquilizaos, señora, porque están tomadas todas las medidas para su salvacion; sólo yo estoy perdido...

REINA.—¡Qué oigo, Dios mio!

MARQUES.—¿Quién me mandaba fiarlo todo á un solo dado y jugar temerariamente sin contar con el cielo?... ¿Quién tomaria á su cargo empuñar el pesado gobernalle del destino, sin saberlo todo? ¡Oh!... ¡es justo! Mas ¿por qué hablar de mí ahora? El momento es precioso, precioso como la vida de un hombre... ¡Quién sabe si la mano avara del Juez supremo me cuenta ahora las últimas gotas de la existencia!...

REINA.—¡La mano del Juez! ¡Qué tono tan solemne! No comprendo qué significan estas palabras, pero me espantan...

MARQUES.—Está salvado, y no importa á qué precio, pero sólo por hoy; dispone de breves momentos y debe saber ahorrarlos... Es necesario que salga de Madrid esta misma noche.